

**Sigismund Krzyżanowski**

**La nieve roja  
y otros relatos**

Traducción del ruso, prólogo y notas de  
Jesús García Gabaldón

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

## Índice

<b>Apología del escritor inexistente</b> Jesús García Gabaldón	9
-------------------------------------------------------------------	---

### La nieve roja

Los dedos fugitivos	29
Autobiografía de un cadáver	39
Cuadraturín	77
El marcapáginas	89
El codo sin morder	129
La nieve roja	143
La hulla amarilla	163

## Los dedos fugitivos

### 1

Dos millares de pabellones auditivos se giraron hacia el pianista Heinrich Dorn mientras éste ajustaba sosegadamente con sus largos dedos blancos la altura del asiento giratorio... Los faldones del frac colgaban del asiento, y sus dedos saltaron hacia la caja negra del piano, recorriendo a medio galope el camino recto pavimentado de teclas de marfil. Al principio se dirigieron, con sus brillantes y pulidas uñas, desde una alta octava «C» hasta las teclas de tiple, de sonido cristalino, del extremo. Allí les esperaba un panel negro –el borde de la caja del teclado: los dedos querían ir más allá–; repiquetearon nítida y fraccionadamente en dos teclas del borde (en la sala, los ojos se entornaban por aquí y por allá: «¡Qué gorjeo!»). De pronto, giraron abruptamente sobre las puntiagudas y calzadas puntas de la fina epidermis, y, saltando uno sobre otro, dieron marcha atrás a toda prisa. A medio camino, los dedos ralentizaron la marcha, eligiendo ponderadamente bien una tecla negra, bien una blanca, para un paso suave pero profundamente marcado sobre las cuerdas.

Dos millares de orejas se volvieron hacia el estrado.

Un familiar temblor nervioso se apoderó de los dedos: colocados sobre los martillos presionados por las teclas, de

pronto, de un salto, recorrieron doce teclas y se posaron en c-es-g-b<sup>1</sup>.

Pausa.

Y de nuevo, escapándose del acorde, los dedos llegaron en un vertiginoso pasaje al final del teclado. La mano derecha del pianista tiraba hacia atrás, hacia el medio, pero los bravucones dedos se resistían; en una frenética carrera volaban cada vez más lejos; la cuarta octava de sonidos cristalinos quedó atrás, las teclas adicionales del tiple chillaron, el cuadro negro del teclado les golpeó en la cola: lanzándose desesperadamente, los dedos y la mano salieron del puño del pianista y saltaron al suelo al brillar el brillante del meñique. La madera encerada del parquet les golpeó dolorosamente en las articulaciones, pero los dedos, sin perder el tempo, al instante se levantaron, enderezando las falanges, y desfilando con los escudos rosados de las uñas, dieron grandes saltos, como si se tratara de movimientos de arpeggio (del meñique al anular, del anular al corazón), para dirigirse a la salida de la sala. La enorme nariz chata de un zapato casi les cerró el paso. Una suela sucia tiró en un instante al meñique a la alfombra. Y los dedos, tras recoger al meñique oprimido, se colaron bajo las cortinas que llegaban al suelo. Pero enseguida se levantó la cortina, revelando dos columnas negras que se ensanchaban hacia arriba. Los dedos comprendieron: era el dobladillo del vestido de una de las admiradoras de Dorn. Giraron abruptamente en el anular y se echaron a un lado.

No había tiempo que perder. A su alrededor surgió un susurro. El susurro se hizo murmullo; el murmullo, vocerío; el vocerío, gritos; los gritos, alaridos; los alaridos, pataleos de miles de piernas.

—¡Atrápalos, atrápalos!

—¿Qué?

—¿Dónde?

Una parte del auditorio se precipitó sobre el pianista: col-

<sup>1</sup> *Do-mi bemol-sol-si bemol* (septacorde menor). (N. del A.)